

conferencia

C 81/INF/9
Noviembre 1981

ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION ROMA

S

21^o período de sesiones

Roma, 7 - 26 de noviembre de 1981

DISERTACION EN MEMORIA DE FRANK McDOUGALL
PRONUNCIADA EN LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS
PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION
POR LA EXCELENTISIMA SEÑORA SHRIMATI INDIRA GANDHI,
PRIMER MINISTRO DE LA INDIA

Roma, 9 de noviembre de 1981

W/M3180/c

Los hambrientos del mundo deben mucho a Frank McDougall, que fue uno de los responsables del establecimiento de esta gran Organización. Es un privilegio pronunciar esta disertación en su honor, especialmente en presencia de tantas y tan distinguidas personas que intervienen directamente en la planificación y ejecución de programas agrícolas en diversas partes del mundo. Frank McDougall fue profundamente consciente de la interdependencia mundial existente en el sector agrícola. Prendió una llama que nosotros debemos mantener encendida. Deseo felicitar también al Director General, Dr. Edouard Saouma, por su reelección. Le deseamos pleno éxito en sus esfuerzos por conseguir la seguridad alimentaria mundial.

La vida y la alimentación son inseparables. Como canta un himno de los antiguos libros que recogen la sabiduría de la India, los Upanishads,

De los alimentos nacen todas las criaturas que viven sobre la tierra; después, viven de los alimentos y, cuando mueren, vuelven a los alimentos.

La búsqueda de alimentos es el fundamento de todas las demás búsquedas del hombre. El deseo de abundancia - en la caza, la pesca o las cosechas - es sin duda la idea colectiva más antigua de la humanidad.

Las primeras civilizaciones surgieron cuando el cazador se convirtió en agricultor. La agricultura fue la cuna de la cultura. En mi propio país, hay zonas que han sido labradas continuamente durante varios milenios. Por una extraña paradoja del destino, esas mismas tierras donde se desarrolló antaño la agricultura experimentan ahora escaseces de alimentos y hay quien incluso habla de ellas como de casos sin solución.

En una de nuestras canciones nacionales se describe la India como una tierra con abundancia de agua, rica en fruta y verde de vegetación y follaje. La historia nos dice con cuánta frecuencia se ha sufrido hambre en esas tierras. No mucho después de la expedición de Alejandro Magno, en el siglo III antes de Jesucristo, Magadha atravesó un período récord de hambre de 12 años. A pesar de las riquezas legendarias de mi país, muchas personas han conocido el hambre a lo largo de los siglos. La dominación extranjera, favoreciendo la salida de recursos, agravó la situación. El Mahatma Gandhi dijo en una ocasión que, al pobre, Dios puede aparecérsele solamente en forma de pan. Para mí y para muchos de mis contemporáneos, el último recuerdo de la dominación extranjera en la India es el Gran Hambre de Bengala, a comienzos de los años cuarenta, durante el cual se dejó morir a más de 3 millones de personas. Hemos jurado que nunca volverá a suceder algo así.

La India libre puede reivindicar legítimamente que, a pesar de haber sufrido varias sequías graves, se ha evitado la inanición. Para cumplir con nuestro juramento, hemos importado cereales durante muchos años. Cuando llegué a ser Primer Ministro, en 1966, nos hallábamos en medio de un período de sequía y en situación de gravísima escasez. Me convencí de que, si no podíamos controlar los monzones, sí debíamos estar mejor preparados para afrontar en el futuro cualquier calamidad de ese tipo. Recuerdo como si lo estuviera viendo que seguíamos el movimiento de cada barco y cada tren, para saber si los alimentos llegaban realmente a donde más se necesitaban. Esta experiencia nos obligó a dar prioridad absoluta a la autosuficiencia alimentaria. A comienzos de los años setenta, precisamente cuando los expertos pronosticaban déficit incolmables, conseguimos llegar por fin a la autosuficiencia en cereales. Aparte de satisfacer las necesidades normales de cereales del 14 por ciento de la

población mundial, la India, en 1979-80, pudo superar la peor sequía del siglo, que afectó a 38 millones de hectáreas de tierras de labranza y a más de 220 millones de personas en 11 de los principales Estados del país. Hemos pedido incluso ayuda a algunos vecinos.

Desde mediados de los años setenta disponemos de un volumen considerable de existencias reguladoras. Pero no podemos dormirnos en los laureles. Nuestra autosuficiencia podría no sobrevivir a una serie de sequías. No obstante, el mero hecho de que hayamos llegado a conseguirla es prueba de nuestra decisión, del buen sentido y duro trabajo de los agricultores indios, y de su disponibilidad para aprovechar la ayuda que la ciencia y la administración les ofrecen.

Una combinación de varios factores ha contribuido a duplicar o casi triplicar la producción de cereales: la prioridad dada por Jawaharlal Nehru a la agricultura en su estrategia de planificación, la importancia que el mismo Nehru atribuyó a la infraestructura de riego, energía, investigaciones científicas y servicios de extensión, las reformas agrarias, que concedieron el derecho a la tierra a millones de personas, y las redes de servicios de crédito y mercadeo.

La autosuficiencia alimentaria se consiguió en gran parte gracias a la movilización de los grandes y medios agricultores. Eramos conscientes de que la revolución verde, como se la ha llamado, exacerbaba algunos de los problemas existentes en las zonas rurales, especialmente las desigualdades entre agricultores grandes y pequeños y las tensiones entre terratenientes y braceros. Pero, en aquella época, nuestro objetivo primordial era poder prescindir de las importaciones. Al mismo tiempo, preparamos programas especiales para los pequeños agricultores, a fin de afianzar el aumento de producción que habían conseguido, facilitándoles medios de producción y haciendo que su trabajo fuera rentable. La experiencia de la India ha puesto de relieve el hecho importantísimo de que la productividad agrícola es en gran medida independiente del tamaño de la explotación, lo que representa una gran noticia para todos los países en desarrollo eminentemente agrícolas y con exceso de población. Estamos también preparando programas para ofrecer otros puestos de

trabajo a quienes carecen de tierras. Nuestra campaña de planificación familiar es otro elemento esencial para conseguir la autosuficiencia alimentaria y mejorar el nivel general de vida. Un hecho que no se entiende fácilmente en Europa es que el analfabetismo no impide a nuestros agricultores sacar provecho de los nuevos conocimientos. Nuestros agricultores tienen una larga tradición de aprender viendo y oyendo.

Son muchos, dentro y fuera de la India, los que han criticado nuestra estrategia de desarrollo y nos han acusado de hacer avanzar la industria a expensas de la agricultura. No se puede concebir el desarrollo agrícola aisladamente del desarrollo industrial o del desarrollo económico en su totalidad. La agricultura depende de la industria para obtener insumos y colocar su producción. El incremento de la productividad agrícola depende de la creación de puestos de trabajo en otros sectores, de la disponibilidad de insumos cada vez más baratos y de la absorción de la producción a precios remuneradores. Algunos países, para acelerar su ritmo de desarrollo, han destinado a la industria ahorros o excedentes de la agricultura. Se ha incrementado así notablemente el desarrollo industrial, pero no han crecido las inversiones en la agricultura. En la India, donde la mayor parte de la población vive de la agricultura, es preciso invertir cantidades cada vez mayores para conseguir aumentar la producción y la productividad agrícolas. Esta es nuestra política, como pueden demostrarlo las tasas de inversión agrícola de los distintos planes de desarrollo. Es igualmente errónea la idea de que puede sostenerse el desarrollo agrícola abandonando la industrialización. Los dos sectores son interdependientes, y el crecimiento del uno está vinculado esencialmente al crecimiento del otro.

Por nuestra parte, siguiendo la estrategia de Jawaharlal Nehru, estamos concentrando nuestros esfuerzos en construir nuestra autosuficiencia sobre sólidos cimientos. Actualmente, se centran en torno a los puntos siguientes:

- i) Llevar a la práctica planes encaminados a reducir la pobreza, especialmente en las zonas atrasadas y entre los sectores más débiles de la población, mediante el desarrollo de las zonas rurales; crear puestos de trabajo y elevar el poder adquisitivo; y transferir a dichas zonas y sectores bienes de producción agrícola y ganadera;
- ii) Promover investigaciones agrícolas adaptadas a las condiciones locales y hacer que los resultados de tales investigaciones lleguen al campo mediante programas como el llamado "Del laboratorio a la tierra" y otros análogos;
- iii) Incrementar la producción agrícola en todos sus aspectos, mediante la extensión de la superficie de riego, el suministro de más insumos, particularmente créditos, el establecimiento de precios remuneradores para los agricultores y la prestación de servicios de mercadeo, almacenamiento, elaboración y transporte; y
- iv) Un programa de organización del sector alimentario, que incluye la creación de existencias reguladoras suficientes, la mejora de los medios de almacenamiento y el establecimiento de un vasto sistema de distribución, para que los consumidores de todo el país dispongan de cereales alimentarios a precios garantizados.

Somos conscientes desde hace tiempo de la relación existente entre la reforma agraria y el desarrollo rural. El antiguo orden feudal y la administración colonial detuvieron la evolución social, negándonos muchos decenios de progreso. Inmediatamente después de la independencia, la reforma agraria se convirtió en esfera prioritaria. En el pasado, los derechos de propiedad y tenencia de la tierra iban en menoscabo de los pobres y los débiles. Conseguir que la propiedad de la tierra y del ganado pasara, en la medida deseada, de los grupos más ricos a los más pobres ha sido una difícil tarea. Los progresos logrados, aunque no del todo satisfactorios, han sido importantes en muchas zonas, pues se han impuesto límites a la propiedad de la tierra y se han asegurado los derechos de tenencia. Sobre todo, hemos conseguido cambiar

la antigua mentalidad, que consideraba la tierra como símbolo de categoría social y fuente de seguridad y no como medio importante de producción. Sobre la base de la proporción tierras-población, se ha establecido y se está aplicando un sistema uniforme de limitación de las explotaciones agrícolas, fijándolas entre 50 y 80 acres por familia. Estas leyes se están cumpliendo y no sólo en el plano administrativo; los terratenientes mismos se van sometiendo a ellas. Estamos decididos a completar este proceso y terminar de distribuir pronto las tierras que exceden de esos límites. La razón de que uno de nuestros Estados, el Punjab, que tiene ahora niveles de productividad entre los más notables del mundo, haya podido obtener progresos tan rápidos después de la introducción de nuevas variedades de trigo y arroz a partir de 1967, es que reunía los tres requisitos necesarios para la adopción y rápida difusión de nuevas tecnologías: : cultivo directo de la tierra por sus propietarios, buenos medios de comunicación rural y energía eléctrica a disposición.

Se puede incrementar la eficiencia de la economía rural descentralizando la producción y apoyando la comercialización con servicios centralizados en zonas clave. El movimiento de cooperativas lecheras de nuestro país, que comenzó en Gujarat y se ha extendido ahora a otras partes, es un ejemplo del alto potencial que ofrecen los recursos humanos. Gracias al Programa Nacional de Fomento Lechero, denominado "Operación Inundación" e iniciado en 1970, el número de cooperativas rurales de productores de leche ha aumentado en la India de 1 500 a 12 000, y en ellas participan 1,6 millones de productores rurales de leche y sus familias. Estudios recientes muestran que más de la mitad de esas personas son trabajadores sin tierras y agricultores marginales que tienen menos de 2 ha de tierra. Sobre todo para ellos, los ingresos que obtienen de la leche son vitales. Con la ayuda de las cooperativas, las familias que no tienen tierras pueden duplicar sus ingresos incrementando la producción y la venta de leche. Además, la leche produce ingresos diarios y, con frecuencia, ese dinero va directamente a las mujeres, que son quienes se encargan en general de ordeñar a los animales. El programa se está ampliando para que participen en él diez millones más de familias campesinas durante los próximos cinco años. Agradecemos a la FAO y al Programa Mundial de Alimentos

el apoyo que han prestado a este proyecto y esperamos poder establecer organizaciones cooperativas semejantes en los sectores de la horticultura, la acuicultura y la agrosilvicultura. Con la fuerza resultante de la unión, los pequeños agricultores y los grupos de pescadores podrán movilizar más insumos y afrontar riesgos mayores.

He expuesto con cierto detenimiento la experiencia de la India porque la conozco, y para mostrar que, si una nación de 683 millones de habitantes puede conseguir alimentos a sí misma, el problema del hambre no puede ser insuperable. Reconozco nuestras limitaciones y sé lo mucho que nos queda aún por hacer. Quedan planteados todavía muchos problemas, como las graves desigualdades, el duro destino de los trabajadores sin tierra y de los subempleados, la necesidad de mejorar el nivel nutricional y la utilización de nuevos métodos de producción alimentaria que permitan ahorrar energía. En los últimos años se ha conseguido elevar la producción porque se han utilizado con generosidad los insumos energéticos. Hoy día, la agricultura, no sólo en la India, sino también en otros lugares, incluso en los países adelantados, debe aprender a producir más con menor consumo de energía y fertilizantes y menos empleo de maquinaria agrícola que requiera combustibles.

Considerando la agricultura mundial, vemos que la producción alimentaria ha disminuido durante el último decenio y ello, unido al aumento de la población y a los niveles de inflación registrados en la mayoría de los países, no puede por menos de causar honda preocupación. El número de personas desnutridas no disminuye con la rapidez que debiera. Es más, hay indicios de que tal vez esté aumentando. Y ello en un momento en que el mundo dispone de los conocimientos, los medios tecnológicos y los fondos necesarios para erradicar la indigencia. Evidentemente nuestras instituciones, políticas o de otra índole, no han sabido estar a la altura de lo que se esperaba de ellas y de lo que podían haber hecho. Muchos países carecen además de los medios necesarios. La interdependencia hace sentir sus exigencias.

Ha habido interdependencia a lo largo de los siglos. Las plantas y el material genético se han difundido de un país a otro o han sido introducidos conscientemente. Hay incluso controversias interesantes sobre qué frutas o árboles se importaron de tal país o tal continente. El ejemplo más reciente de este extensísimo intercambio transcontinental puede verse en los centros de investigaciones agrícolas de la India, donde se utilizan centenares de muestras de semillas de arroz, trigo, algodón, maní, etc. de países lejanos para desarrollar variedades locales con las características y resistencias necesarias para su cultivo en el país. Se continúa buscando sin descanso y, en esta búsqueda, la aportación más decisiva es la que dan los agricultores progresistas, sean grandes o pequeños.

Se ha intercambiado también la producción. En la era colonial, la interdependencia adoptaba la forma de transferencia de productos agrícolas, en grandes cantidades y a bajos precios, de las colonias a las metrópolis. Se insistía sobre todo en el cultivo de las materias primas agrícolas que necesitaban las industrias de las potencias coloniales. Se fomentaba la producción de algodón, semillas oleaginosas e índigo (en los primeros tiempos) y los cultivos de plantación, como café, té, cacao, caucho y especias. En la era poscolonial, los países productores no han sido capaces de cambiar totalmente este sistema de dependencia de las salidas comerciales. Cuando las cosechas son buenas, bajan los precios internacionales. Cuando son malas, se manipula el mercado de tal forma que los beneficios van a los comerciantes e intermediarios, quedando excluido el productor. La parte del comercio mundial que corresponde a los países más pobres, particularmente a aquéllos cuya economía depende de un único cultivo, está disminuyendo.

La incapacidad de organizar el comercio internacional de productos agrícolas de forma que sostenga la producción y el consumo en todos los países es evidente en lo que respecta a los cultivos de plantación e industriales, y en el caso de los cereales alimenticios. Se ha malogrado la posibilidad de concertar un nuevo Acuerdo Internacional sobre el Comercio del Trigo que garantice la estabilidad del mercado y la disponibilidad de suministros. Los principales

productores mundiales no quieren renunciar a las ventajas de las llamadas fuerzas del mercado libre ni a la oportunidad de utilizar los alimentos como arma política. Insumos agrícolas esenciales, como los fertilizantes y los plaguicidas, se gravan con altos precios, que los ponen fuera del alcance de quienes más los necesitan. El proteccionismo agrícola discriminatorio de los países industrializados llega a ser, en el caso de algunos productos agrícolas elaborados, de hasta el 700 por ciento. Según un estudio realizado por la UNCTAD sobre 46 artículos, una liberalización del 50 por ciento podría ayudar a los países en desarrollo a alcanzar una expansión comercial valorable en 3 000 millones de dólares, lo que representaría un aumento del 35 por ciento respecto del valor de esas exportaciones en 1977.

Pese a las exhortaciones hechas repetidamente en todos los organismos competentes de las Naciones Unidas, no se ha alcanzado todavía el objetivo de diez millones de toneladas acordado en virtud del Convenio sobre la Ayuda Alimentaria ni el de 500 000 toneladas convenido para la Reserva Alimentaria Internacional de Emergencia, objetivos que son ya bajos en comparación con las necesidades mínimas, que se calculan en el doble de tales cifras. Me congratulo, en cambio, de que estén a punto de obtenerse los recursos que necesita el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola para su programa de trabajo de 1981-83, y de que el Fondo Monetario Internacional haya creado un "servicio alimentario" para permitir giros compensatorios a países con dificultades de balanza de pagos debidas al costo excesivo de sus importaciones de alimentos. Esto supondrá, por lo menos, cierto alivio para los países en desarrollo que sufren periódicamente de malas cosechas. Estos casos de asistencia son dignos de reconocimiento, pero los programas internacionales más importantes siguen sin recibir el apoyo necesario. La insatisfactoria respuesta a la petición del Programa Mundial de Alimentos de una contribución de mil millones de dólares para el período 1980-82, la incapacidad de alcanzar el objetivo del 0,7 por ciento del PNB para la ayuda al desarrollo y el aplazamiento continuo del nuevo Acuerdo sobre el Comercio del Trigo son, todos ellos, indicios de la re- luctancia que existe para afrontar algunos de los elementos básicos de la seguridad alimentaria mundial.

Todo ello obliga a los países en desarrollo a perseguir con determinación y energía la autosuficiencia colectiva. A corto plazo y en situaciones de crisis, la asistencia exterior procedente de los países ricos es útil. Pero el aumento de las inversiones exteriores o las facilidades financieras no pueden, por sí mismos, constituir un remedio duradero para los males del mundo en desarrollo. Los países en desarrollo deben hacer todo lo posible para alcanzar la autosuficiencia en el plazo más breve posible.

La creciente conciencia de la interdependencia ecológica de los países y el agudizarse del problema energético serán probablemente factores determinantes para que la idea de un mundo unido se vaya haciendo realidad. Los expertos consideran que el aumento continuo del dióxido de carbono en la atmósfera, debido a las grandes cantidades de combustibles fósiles que se queman, puede provocar variaciones de la temperatura a comienzos del próximo siglo. Aunque es imposible prever por el momento las consecuencias exactas de tales cambios, muchos expertos opinan que algunas de las regiones agrícolas más productivas del hemisferio septentrional podrían resultar perjudicadas. Esto indica claramente que, por razones también de seguridad ecológica, la empresa de conseguir una seguridad alimentaria eficaz tiene que ser mundial, con participación del Sur y del Norte.

La actividad humana puede mejorar la capacidad productiva de la tierra y el agua. Algunos ríos que han sido causa de desgracias pueden convertirse en fuentes de abundancia si los países que atraviesan están dispuestos a cooperar. Los recursos genéticos vegetales y animales constituyen un patrimonio común y vale la pena cooperar en su conservación y utilización. En muchos casos es posible detener el avance de los desiertos y la destrucción del potencial biológico de la tierra mediante cooperación regional e internacional. Previsiones meteorológicas realizadas mediante dispositivos de ámbito mundial o regional pueden contribuir a reducir al mínimo los daños que causan a los cultivos las fluctuaciones del tiempo. Las plagas y los agentes patógenos no respetan las fronteras políticas. Mediante una acción coordinada, organizada bajo los auspicios de la FAO, se han reducido las invasiones de langostas.

Estimo que la distribución equitativa de nuestras reservas de energía convencional y el desarrollo conjunto de fuentes nuevas y renovables será la piedra de toque del auténtico deseo de las naciones de sobrevivir en un clima de bienestar, armonía y dignidad. Varios países exportadores de petróleo tienen oro líquido bajo arenas estériles. En 1979, seis países petrolíferos del Asia occidental importaron alrededor de seis millones de toneladas de cereales, por valor de 1 600 millones de dólares aproximadamente. Y también ese dinero va a los países ricos. Una cooperación eficaz entre los países en desarrollo que poseen posibilidades de producción agrícola sin explotar y los países petrolíferos, con superávit de recursos financieros pero con déficit de alimentos, puede hacer que cambie radicalmente la situación.

La agricultura es la fuente más importante de riqueza renovable. En los lugares en que no hay escasez de tierras, muchos problemas energéticos pueden resolverse con programas de aprovechamiento de la biomasa. La India, que tiene que alimentar a una población en continuo aumento, no puede permitirse el lujo de destinar tierras a la producción de alcohol. No obstante, mediante programas de silvicultura social planificados de forma inteligente y atenta, podemos producir combustibles, forrajes y fertilizantes para las zonas rurales. Para los pequeños agricultores, el cultivo hortícola constituye una forma conveniente de aprovechamiento de la tierra, que contribuye a mejorar la nutrición y acrecentar los ingresos. Sin embargo, la falta de tecnologías aplicables después de la cosecha impide a los agricultores pobres obtener de su producción los ingresos que debieran. La silvicultura social y el aprovechamiento para la horticultura de todo pedazo de tierra sin cultivar son formas de aprovechar cantidades considerables de energía solar. Esta será la verdadera revolución verde.

Todos los países deben prestar mayor atención a la conservación de los bosques. Un sello del valle del Indo, de más de cinco mil años de antigüedad, representa a dos hombres que, sin consideración alguna, están descuajando dos árboles. Del centro surge una figura, el espíritu del árbol, que con los brazos extendidos les suplica que pongan fin a la destrucción. Existe también una versión contemporánea: algunas lugareñas se abrazan a los árboles para

impedir que los corten. Un antiguo proverbio del Kashmir dice que habrá alimentos mientras haya bosques. ("Ann poshi tele yeli poshi van" - Sheikh Nur-ud-Din Wali). Es bien sabido que existe una estrecha relación entre la producción alimentaria y la silvicultura, pero esa relación, en general, se ignora en la práctica. Bajo la presión de la industrialización, la urbanización y la demanda creciente de productos agrícolas, en muchas regiones se están eliminando los bosques sin ninguna consideración. Los productos forestales destinados a usos perfectamente legítimos, como la madera para construcción de viviendas, son cada vez más inaccesibles para los campesinos pobres. La verdadera crisis de la energía con que se enfrentan millones de personas en los países en desarrollo es la escasez de leña. El aprovechamiento científico de los recursos forestales, prestando atención especial a las cuencas hidrográficas y a la vida silvestre, ayudará a millones de personas que no pueden hacer oír su voz y asegurará un bienestar duradero a sus países.

La introducción de nuevas tecnologías sin conocer cuáles serán sus consecuencias para el empleo y qué otras repercusiones sociales tendrán, puede provocar verdaderas catástrofes. La población, y sobre todo las mujeres del campo, puede quedar desplazada de sus ocupaciones tradicionales. Millones de mujeres de nuestros países se ganan la vida vendiendo fruta y hortalizas, elaborando productos agrícolas o secando y almacenando cereales. Son ellas también quienes se ocupan normalmente de proveer a las necesidades de energía recogiendo y utilizando residuos agrícolas y pecuarios y realizando las labores que siguen a la cosecha. Para estas mujeres, la imitación de las técnicas post-cosecha con alto consumo de energía y poca utilización de mano de obra aplicadas en los países desarrollados constituye un grave perjuicio.

Siempre que sean útiles, deben adoptarse las tecnologías más modernas. Hay muchos sectores en que no existe competencia entre la tecnología y la mano de obra: por ejemplo, la fotografía desde satélite para levantar mapas de los recursos, las predicciones meteorológicas y la siembra aérea de especies forestales en zonas desérticas y montañosas. Se pueden mejorar las técnicas

de pesca y piscicultura en aguas continentales y en los océanos. Hay que desarrollar sistemas modernos de protección de los suelos, las plantas y la salud de los animales. Es fundamental adoptar las técnicas más modernas de comunicación. Las computadoras nos podrán ayudar a elaborar modelos climatológicos que nos permitan aplicar otras estrategias posibles de cultivo, planes de contingencia y programas de producción compensatoria para reducir los efectos de las inclemencias del tiempo. Los últimos adelantos en materia de ingeniería genética y biotecnología son útiles para resolver muchísimos problemas en la agricultura, la ganadería, la pesca y la silvicultura. En estos y otros muchos sectores existe la posibilidad de lograr saltos cuánticos en el avance tecnológico.

Sin embargo, no siempre la tecnología más moderna de un país desarrollado es la que se adapta mejor a un país en desarrollo. Son las necesidades de un país las que deben determinar su tecnología y, desde este punto de vista se abre todo un amplio abanico de posibilidades de desarrollar tecnologías propias, independientes y originales. Otro factor importante que debe tenerse en cuenta es que los países en desarrollo no pueden permitirse el lujo de cambiar tecnologías con demasiada frecuencia, sin experimentar suficientemente cada una de ellas.

El problema de la absorción de la tecnología no se resuelve con calcular meramente los costos y beneficios, los precios de la tecnología, el costo de la mano de obra desplazada o los ingresos conseguidos con el producto obtenido. La tecnología produce un impacto en la sociedad, en la forma de vida y en las relaciones entre la gente y las instituciones. No se pueden imponer cambios tecnológicos de forma brusca. Tiene que haber un proceso de evolución. Por muy moderna y útil que sea una tecnología, tiene que encajar en la cultura local y adaptarse a la capacidad de cada lugar, y transformar sin estridencias la tradición en modernidad.

La planificación del desarrollo agrícola, aunque esté orientada en una perspectiva mundial, debe ser necesariamente indígena. El punto de partida es la preparación de hojas de balance agrícola fiables y completas, utilizando

técnicas modernas de inventariación de recursos basadas en la telepercepción y la cartografía aérea. Quienes propugnan tecnologías autóctonas desearían a veces que los países en desarrollo se encerrasen en los límites de una tecnología anticuada. Lo anticuado es tan perjudicial en los países en desarrollo como en los desarrollados.

Para crear un sistema nacional de seguridad alimentaria no se puede esperar a que un organismo internacional tome la iniciativa. El gobierno de cada país debe velar por sus ciudadanos, cuya lealtad exige. Los gobiernos del mundo en desarrollo han soportado cargas que no han conocido las administraciones de las sociedades ricas. Muchas de las desigualdades y las situaciones de explotación contra las que luchamos en la esfera internacional persisten con impunidad arrogante en nuestro propio país. No puede haber una solución duradera al problema del hambre si no se pone fin a la desigualdad social y económica, pero nuestros esfuerzos tropiezan con el obstáculo de otros valores, creados por las sociedades ricas, que ellas no consideraron ni pusieron en práctica cuando combatieron su batalla. La escasez de suministros alimentarios es, en términos reales, sólo una parte de los problemas inmediatos, pero representa una amenaza importante de cara al futuro. Muchos de nosotros producimos los alimentos que necesitamos, pero no hemos conseguido hacerlos llegar a todos. Para que sus efectos sean permanentes, la seguridad alimentaria nacional debe ir acompañada de la seguridad social.

Las reservas de seguridad alimentaria no deben depender únicamente de actos periódicos de generosidad de los ricos. Hay que afrontar el problema del hambre mediante una reforma institucional consciente dentro de cada país y en las relaciones entre los países, y no sólo con una revisión de la tecnología o completando las disponibilidades de alimentos. La tecnología no es una respuesta total ni se cambiarán automáticamente las instituciones con un mero cambio de tecnologías. Un sistema eficaz de seguridad alimentaria mundial debe eliminar las veleidades institucionales que crean escaseces artificiales. Tiene que garantizar existencias reguladoras para afrontar emergencias imprevistas e inevitables. Podemos hacer muy poco para controlar la naturaleza, pero no debemos quedar a merced de nuestras instituciones.

El mundo tiene la capacidad tecnológica y los recursos financieros necesarios para eliminar el hambre y la malnutrición para finales del presente siglo. Bastaría el 3 por ciento de la producción mundial actual de cereales para eliminar inmediatamente el hambre. Sin embargo, vemos que la Campaña Mundial contra el Hambre, que emprendió la FAO por iniciativa de quien fue su distinguido Director General, el Dr. B.R. Sen, recibe poca atención o poco apoyo. La enorme tarea de combatir la malnutrición y el hambre en esta lucha por conseguir la seguridad alimentaria incumbe a todo el mundo.

Hasta ahora hemos hablado de iniciativas nacionales e internacionales para producir más alimentos y mejorar su distribución. Hambrientos o saciados, nos amenaza una devastación mayor: los terribles arsenales de armas nucleares y convencionales. ¿Luchamos contra la desesperación del hambre sólo para ver cómo salta el mundo en pedazos? ¿Conservamos el cuerpo humano en plena salud y vitalidad sólo para sacrificarlo en el altar de la guerra? El hambre suele ser la causa más común de violencia tanto entre los animales como entre los seres humanos. Se han combatido guerras por alimentos, por territorios, por honor. Pero, paradójicamente, no son los hambrientos quienes combaten guerras hoy en día, sino quienes nadan en la abundancia.

Eminentes economistas afirman que bastarían los 1 300 millones de dólares que actualmente se gastan en armas en el mundo para disponer del dinero necesario para eliminar el hambre. Con lo que se gasta en uno de los nuevos misiles intercontinentales sería posible plantar 200 millones de árboles, regar un millón de hectáreas, alimentar a 50 millones de niños malnutridos en los países en desarrollo, comprar 1 000 millones de toneladas de fertilizantes, construir un millón de pequeñas plantas de biogás, crear 65 000 centros de asistencia sanitaria o establecer 340 000 escuelas primarias. El tratado estratégico para la eliminación del hambre, por el que abogó el Presidente Kenneth Kaunda en una de las anteriores disertaciones de esta serie, unido a un desarrollo progresivo, ofrece un programa que vale la pena considerar.

Fue utilizando el arado como la especie humana llegó a tomar conciencia de la tierra como madre generosa y la revistió de un carácter sagrado.

La tierra ha sido esquilada, desagrada y hecha estéril, tal vez por ignorancia en los primeros tiempos, pero, después, por culpa de la codicia y la arrogancia. Hoy en día, el mayor peligro para la sobrevivencia de la humanidad no es el ignorante, sino el que sabe. El conocimiento no lleva ya a la percepción de la verdad. No nos conmovemos ante la miseria o la violencia. Hablamos de crisis del medio humano, de la conciencia, de los valores; pero no percibimos esa crisis como ruptura y trastocamiento de un complejo sistema de relaciones.

La conciencia de que los actos humanos determinan el futuro de la materia prima de la vida debe hacernos ver nuestras propias responsabilidades. La educación debe contribuir a restablecer una dimensión sagrada, que considere los recursos del mundo, el aire y el espacio, la tierra, el agua, las plantas y los animales como un patrimonio común que debe servir para nutrirnos y que debemos utilizar con parsimonia. La vida podrá sobrevivir sólo si se tiene una conciencia cada vez más profunda del mundo como una unidad y si se reparten en armonía las riquezas de la tierra, sin perturbar el equilibrio ni violar las leyes naturales.

La prosperidad de cada país depende de la prosperidad del resto del mundo. Esta interdependencia entre naciones libres, en beneficio de todas ellas, presupone, como condición previa, la autosuficiencia de cada nación, así como el reconocimiento de que los pequeños y los débiles pueden y deben contribuir también a la causa común. Recuerdo a este propósito una hermosa parábola contada por nuestro poeta Rabindranath Tagore:

"¿Quién de vosotros asumirá la obligación de alimentar a los hambrientos?, preguntó Buda a sus discípulos cuando el hambre assolaba Shravasti.

Ratnakar, el banquero, movió la cabeza diciendo: "Todas mis riquezas no bastarían para dar de comer a los hambrientos."

Jayasen, el General de los ejércitos reales, respondió: "Estaría dispuesto a dar mi propia sangre, pero no tengo comida suficiente en mi casa."

Dharmapal, que poseía muchas hectáreas de tierra, dijo con un suspiro:
"El demonio de la sequía ha absorbido la humedad de mis campos. No sé
cómo pagar los impuestos."

Se levantó entonces Supriya, la hija del mendigo. Hizo una reverencia a
todos y dijo humildemente: "Seré yo quien dé de comer a los hambrientos."
"¿Cómo?", gritaron todos sorprendidos. "Qué esperanzas puedes tener tú
de cumplir esa promesa?."

"Soy la más pobre de todos vosotros", dijo Supriya. "Esa es mi fuerza.
Tengo mi arcón y mi despensa en cada una de vuestras casas."